

cabezas adornadas y alumbradas con un enrojecido penacho de fuego.

Añádase á esta vista el ruido y estruendo general que se oye, producido por el conjunto de una multitud de ruidos diferentes, tales como el murmullo de las caídas de agua á manera de cascadas, el de las vibraciones metálicas de los grandes y pequeños martillos, el mugido del viento que hace penetrar sus ráfagas violentas por entre las ramas de los jarales y madroñeras, y otros mil ruidos, en fin, que se confunden y se mezclan.

Noirmont-les-Fourneaux, es decir, Noirmont de los Hornos, es el antiguo Noirmont-le-Chateau, ó sea el castillo de Noirmont, como lo indican claramente sus desmanteladas torres y sus murallas espesas. Pero ¡desde aquella época á hoy día ha transcurrido tanto tiempo!... Lo cierto es que nadie se acuerda sino de Noirmont en ruinas, cubierto con una espesa capa de zarzas y de yedra, entregando á la impetuosidad del aquilón algunas piedras de sus agrietadas bóvedas.

En aquel tiempo que al principio de esta historia no iban más allá de veinte años todavía, los únicos habitantes de este antiguo nido de buitres eran el buho, la lechuza, el mochuelo, la zumaya y otros animales de la misma especie.

Tan malos eran los rumores que corrían en el valle respecto á aquellas ruinas, que, una vez puesto el sol, el campesino mas animoso que tenia necesidad de pasar por las inmediaciones de ellas, no lo hacia sino con cierta precaucion y santiguándose muchas veces, y los mas supersticiosos ó tímidos preferían dar un gran rodeo de tres cuartos de legua, subiendo hasta Apreval, mas bien que exponerse á las contingencias de aproximarse á ellas.

Preciso fué que, para trasformar la antigua fortaleza destruida de los condes de Noirmont, en la manufactura ó fábrica tan animada y llena de vida que encontramos en el momento en que empieza nuestra historia, se hallase un hombre dotado de cualidades especiales, y que, ademas, trascurriese algun tiempo.

Este hombre se encontró, el cual á su ingenio reunía la cualidad de una honradez incontestable. Haciéndose él mismo rico, enriqueció toda la comarca. Bajo su impulso y direccion, los bosques, hasta entonces improductivos, fueron empleados útilmente, los brazos desocupados hallaron un trabajo honrado; la presa ó caída del agua, despues de tantos siglos de ociosidad y desperdicio, hizo dar vueltas á una rueda; los edificios se hicieron habitables; con un jornal mayor y mejores alimentos, los tercianarios fueron recuperando su salud; los campos abandonados y sin cultivo por falta de trabajadores robustos, se hallaron trasformados en productivos terrenos; afluyó el dinero al pais como la sangre al corazon, y de día en día, y casi de repente, este hombre hizo resucitar y aparecer una poblacion casi extinguida y medio muerta.

Tan milagrosa trasformación fué obra de M. Jorge de Rancogne, obra que, por desgracia, no pudo completar, porque acababa de morir seis meses antes del tiempo en que empieza nuestra historia, con profundo sentimiento de toda

la comarca, dejando á su jóven mujer, viuda en la flor de su edad, sumida en el mayor dolor y llorando su muerte sincera y amargamente.

Por el momento nos hallamos á fines de marzo y hace una noche sombría. Las chimeneas de la fábrica no despiden llamas. La caída del agua misma está en silencio. Las paletas han sido levantadas, y la gran rueda que hace mover los martillos permanece inmóvil. No se oye mas ruido que el producido por el silbido agudo de la ráfaga que pasa á través de las ramas y el de las gotas de agua que al caer hacen doblarse á las matas. La gran mole de Noirmont se destaca como una mancha de tinta mas espesa sobre las manchas negras de las colinas inmediatas, y su silueta, que se adivina mas bien que se la ve, no está indicada de una manera precisa, sino por su reflejo sombrío en la limpia superficie del agua del estanque.

Hace un tiempo horroroso, tanto que ni un perro se atrevería á salir afuera, como dicen los aldeanos, y sin embargo, en el patio de la granja se oyen, de vez en cuando, esos prolongados y lastimeros aullidos de un animal de esa raza que, segun las comadres, anuncian una muerte cercana.

Podriase, fijando atentamente el oido, sorprender, durante los intervalos de la ráfaga, el chapurreo producido por el paso de un caballo que marcha en el lodo y los baches del camino abondado entre los dos barrancos.

Mas cerca del castillo, entre la rampa del estanque y la pared de la fábrica, en una especie de parapeto que sirve de camino de ronda, pasa y repasa una sombra, — la sombra de un hombre. En el momento en que el paso del caballo resuena en el camino, este hombre se detiene, escucha...

Al otro lado, delante de la fachada de los jardines, otra sombra, — la de una mujer, — permanece inmóvil cerca de una puertecita que da á la campiña. Espera tambien...

En fin, en un tercer punto, entre los edificios nuevos de la fábrica y los comunes, se apercebe otra tercera sombra, — la de un jóven de quince años, — que escala el cercado con una facilidad que indica larga práctica en este ejercicio.

En el momento mismo en que este mozo, á caballo sobre la cresta de la pared, se preparaba á desaparecer al otro lado, se detuvo con un movimiento súbito, tendió el cuello como para escuchar, y meneó la cabeza.

— Es el viento, dijo; me habré engañado.

Y se dejó deslizar al patio.

No se habia engañado, sin embargo. Dos sonidos distintos habian sobrepasado el rumor confuso de la ráfaga: un silbido agudo y prolongado, y un chillido de zumaya.

A esta doble señal, el paseante del parapeto y la paseante del jardin se habian destacado de la pared sombría: — la mujer, para adelantarse hácia un jóven cuyas facciones se ocultaban bajo el ancho sombrero de los campesinos limosinos; — el hombre, para arrojarse á una barca que atravesó el estanque silenciosamente.

En el ribazo opuesto, un ginete esperaba con impaciencia ámpliamente justificada por el tiempo que hacia.

— ¡Ah! ¿ya estais aquí, doctor? murmuró el remero con voz sorda. Se tiene necesidad de vos esta noche; pero es

menester que os hable antes. Vuestro caballo estará muy bien allí, bajo el sotechado donde se lava el mineral. Venid pronto.

Los dos entraron en la barca y se dirigieron hácia el castillo.

Durante este tiempo, al otro lado:

— ¿Sois vos, M. Octavio? preguntaba misteriosamente la voz fresca de una jóven.

Y como el jóven se callara, ella le tomó la mano, diciéndole:

— La señora no me oculta nada, y yo daría mi vida por la señora.

Y bajando los ojos, aunque en la oscuridad no pudiera verse este movimiento, murmuró:

— Daría mi vida por aquellos á quienes ama la señora.

Sintió estremecer la mano que aun tenia en la suya, y el jóven pudo apenas preguntar con voz casi inarticulada, tan vacilante era:

— ¿Por aquellos á quienes la señora ama?

— La señora estaba muy triste, continuó la jóven meneando gravemente su rubia y encantadora cabeza; y despues que ha recibido vuestro billete, estaba muy gozosa. Es menester que querais mucho á la señora, M. Octavio, porque ha sufrido mucho.

La puerta habia vuelto á cerrarse, y Octavio, siguiendo á su introductora, se dirigió hácia la casa.

Pero, en el momento de entrar en ella, el falso campesino Octavio, deteniéndose á su guía:

— Rosa, le dijo, han pasado muchas cosas en Noirmont desde que el deber me desterró de allí. Es menester que yo sepa esas cosas antes de subir allá arriba.

Y alzando la mano, señaló con su dedo el reflejo de una luz amortiguada, que se apercebia por los intersticios de las persianas del primer piso.

— Venid pues! murmuró la jóven.

En lugar de entrar en la casa, hizo volver á Octavio hácia la derecha y tomó el camino de los comunes.

Ni uno ni otro notaron que un cuarto personaje, disimulando su alta estatura á lo largo de los espaldares, los seguía silenciosamente.

— Os hago tomar el camino mas largo y el mas malo, dijo Rosa. Pero entrando en la casa, nos habria sido menester atravesar el aposento de la señora.

Octavio no respondió sino con un signo de aprobacion, y desapareció detrás de ella por la puerta siempre abierta de una escalera de servicio.

Detrás de ellos se deslizó el que los espiaba.

Los dos jóvenes habian entrado en un cuartito débilmente alumbrado por una lámpara de cocina. Era un estrecho gabinete únicamente amueblado con una camita de cerezo, una mesa y un gran baul. Una pila de agua bendita, con una rama de boj encima, estaba fijada sobre la cabecera de la cama contra la pared blanqueada con cal. Sobre la mesa habia un tarro de tierra de greda cocida guarnecido de flores.

— La señora duerme, dijo Rosa; tendremos tiempo.

Octavio examinaba con la vista este retrete encantador por su aseó y, por decirlo así, por su pudor.

Rosa lo notó y se ruborizó.

— Este es mi cuarto, dijo.

El jóven arrojó su ancho sombrero, y dejó ver un noble semblante coronado por una espesa y rizada cabellera negra. Rosa le devoraba con la vista, y habia en su mirada algo como una sonrisa y alguna cosa tambien como una lágrima.

— Muy jóven era cuando os fuisteis, pero os conozco.

— Y yo tambien, Rosa, exclamó Octavio, te conozco, y ya ves que tengo toda confianza en tí, puesto que te inicié en un secreto de que dependen la vida y el honor.

Habia cogido la mano de Rosa en la suya y la estrechó contra su corazon.

— Los secretos que están aquí encerrados, le contestó ella, no saldrán nunca de aquí. Escuchad lo que ha pasado desde vuestra partida de casa de vuestro hermano...

Por la parte de afuera, el espía se habia deslizado en la escalera, y ahora estaba arrimado á la puerta del cuarto. Se enderezó poco á poco, y su ojo escudriñador se pegó contra el agujero de la cerradura.

Octavio, con la cabeza descubierta, estaba colocado en esta direccion.

El espía dando un grito sordo:

— ¡Es él!... exclamó.

Mientras tanto las gentes de la barca conversaban en voz baja.

— De modo, decia el doctor temblando, sea de frio, sea de miedo, de modo que ¿es esta noche?...

Su interlocutor hizo un signo afirmativo.

— Contad, hé ahí justamente nueve meses.

— ¡Ruín tarea, Champion!

— ¡Bah!... doctor Toinon, ¡tarea bien pagada!

— Es sobre todo el otro... murmuró el doctor con aire desalentado.

Pero no dijo mas.

Un largo silbido atravesaba el denso aire.

El semblante de Champion tomó la expresion del triunfo...

— ¿El otro?... dijo, ¿el otro?... ¡Ya está aquí!

## II

## LAS CUATRO LUCES.

Cuatro luces semejantes á cuatro ojos inflamados atraviesan la vasta superficie de las fachadas de Noirmont.

La una es ese reflejo pálido que se escapa por las ventanas, reflejo que Octavio habia señalado á Rosa diciéndola:

— Es menester que sepa esas cosas antes que suba allá arriba.

La otra brilla á través de una de las contraventanas entreabiertas del cuartito en que hemos dejado á los jóvenes cara á cara.

La tercera, partiendo de una de las extremidades de la fábrica, arroja un largo y débil resplandor sobre el agua tersa del estanque.

Y la cuarta, en fin, ilumina la parte baja de una puerta abierta sobre el patio, en el sitio mas distante de los comunes.

Dirijámonos primero á este lado. Volveremos alternativamente, segun las necesidades del drama, á cada una de las escenas paralelas que alumbrá cada una de estas luces.

En una vasta pieza, que parece un taller de tonelero, se encuentran un anciano y un joven que es casi un niño.

La pieza, vasta ya, lo parece aun mas por lo mal alumbrada que está por una candela de resina encajada entre las hendiduras de un pedazo de madera enclavado en el atrio de una alta chimenea, en la que dos tizonas mal unidos acaban de extinguirse.

El área en tierra batida del cuarto está atestada de toneles sin acabar, de rollos de círculos y de duelas aun no unidas. — El anciano está acostado en un lecho malo y pobre, y poco resguardado contra el frío por algunos cobertores de jerga; el muchacho, sentado en un banquillo, escucha con atención casi febril las divagaciones del enfermo.

De tiempo en tiempo este se incorpora y tiende un brazo descarnado como el de un cadáver; coge ávidamente la taza que le presenta el muchacho, sus mejillas se reaniman, y continúa:

— José, el instante ha llegado. El momento de la muerte está próximo.

— ¡Vamos! padre Biassou. ¡La muerte!...

— Oye: Negrillo da alaridos á la luna; se ha visto el cirio en las alturas de Grandval, y todos los que aman á Rancogne hablarán aun dentro de veinte años de la noche esta.

Luego, cambiando de pronto de idea con la movilidad del calenturiento, añadió:

— Rancogne es una verdadera raza de caballeros, José; tan cierto como estamos aquí dos cristianos. En tiempos de antaño, era menester ir muy lejos para encontrar una familia tan poderosa y tan valiente. Eran dueños de Noirmont, de Apreval y de Rancogne, y suyos los prados y los bosques, la llanura y la colina. Eran animosos y enérgicos, valientes como su espada, altivos como su altiva divisa: *¡Quién no se rinde, sacude!* Se hablaba de los tesoros que encerraban los sótanos de su palacio, y los mismos señores de Rochechouart les llamaban nuestros primos. — ¡Es verdad que era una familia dignísima y simpática, la familia de los Rancogne! — Luego vinieron los malos días: en toda nuestra comarca se desnudaron las espadas. Mucho tiempo ha transcurrido desde entonces, y los padres de nuestros padres mismos no se lo recuerdan. No se encuentran esas cosas en las historias, y la tradición misma se pierde en el rincón de la chimenea durante las veladas de invierno. — Los Rancogne, cual gente valerosa, siguieron á su soberano, que estaba por los protestantes; pero la suerte les fué adversa. Noirmont

fué derruido; Rancogne, el precioso castillo, arrasado, y sembraron sal en su terreno; los árboles de sus bosques fueron cortados por la mitad del tronco. Después, estos árboles han vuelto á brotar; pero el hermoso castillo de Rancogne ya no existe, ni aun en el recuerdo de sus terratenientes.

El anciano exhaló un prolongado suspiro, y después de un momento de silencio, continuó:

— José, la muerte está cercana, y yo estoy muy débil. Es menester que sepas todo. Llega ya el instante en que, como no seas tú, los Rancogne no tendrán ya amigos en el mundo. Algunos años antes de la grande revolución, aquellos que, durante cierto tiempo, habían sido los reyes del país, eran pobres y tristes caballeros. Pero la desgracia no había podido abatir su altivez. El anciano conde Juan era un verdadero gran señor, aunque en pocas horas pudiera dar la vuelta en derredor de sus dominios.

Eran sus hijos, Francisco y Guillermo, dos jóvenes honrados, y aunque sus trajes fuesen de grueso droguete, dos valientes corazones latían en su pecho, y el anciano Juan podía mostrarse ufano de sus hijos en las asambleas de la nobleza.

Francisco era el primogénito: fuerte como un toro, se parecía á su padre. Guillermo, el hijo menor, bello como una mujer, se parecía á su madre.

¡Ah! ¡qué espectáculo tan tierno era el ver al anciano conde, sentado en su gran sillón de encina, entre sus dos hijos que temblaban ante su mirada, y que, no obstante, le amaban y veneraban como se venera y ama á Dios!

Sin embargo, el uno de ellos, el mas querido, aquel cuyo rostro le recordaba el de la santa que los ángeles le habían arrebatado, Guillermo, en fin, fué quien dió el golpe de muerte á su padre.

La condesa Magdalena había adoptado la hija de uno de sus arrendatarios. La había tratado, á esta niña, como si hubiese sido su propia hija. Juana, que así se llamaba esta joven, era muy bella, cuando apenas contaba diez y seis años de edad; no se podía mirarla sin que uno se sonriera de placer, y á veces el anciano conde decía en chanzas, á la par que dejaba jugar sus dedos en los rizos de su ahijada:

— Menester es pensar, señores hijos míos, en casar á esta jovencita.

Entonces Juana se ruborizaba, y Guillermo bajaba los ojos y se mordía los labios.

Guillermo y Juana se amaban.

Habían sido educados juntos, juntos habían corrido por los bosques y los prados. Guillermo no creía que nada hubiese mejor que su Juana; para Juana, nada tan bello y bondadoso como su Guillermo.

El conde creía que era un cariño fraternal el que se tenían, y se sonreía con estos amorcillos.

El día en que se trató de mostrarse severo, era ya tarde, y entonces pasó una escena terrible.

El anciano mandaba; el joven estremeciéndose, con los ojos fijos en el suelo, no respondía. Se oían, á través de los

ricos cortinajes, los gritos retumbantes del conde Juan. Luego, la palabra baja y vibrante de Guillermo resonó primero sumisa, en seguida altanera y sonora á su vez. La sangre se rebelaba en las venas del leoncillo. — ¿Qué se dijeron padre é hijo durante la hora que permanecieron encerrados solos? Nadie, excepto ellos dos, lo supieron, ni lo ha sabido, ni nadie jamás lo sabrá. Hay palabras que no se repiten dos veces. Lo cierto es que Guillermo salió pálido, y por la noche el conde Juan hizo quitar su cubierto y el de Juana de la mesa de la familia, declarando que ya no tenía mas que un hijo.

Pero, desde este día, fué debilitándose continuamente. No se le vió ya recorrer sus bosques tallares á caballo en su pequeño jaco; muy pronto no salió ya de su jardín y de su cuarto, y, al cabo de algunos meses, se acostó en su gran cama blasonada, para no volver á levantarse de ella mas.

El Biassou hizo un esfuerzo para reanimar su voz, sofocada por la emoción. José le tendió la taza, y él bebió ansiosamente lo contenido en ella.

— Mis fuerzas se agotan, chiquito, pero llegaré hasta el fin. Los consuelos, sin embargo, no faltaron á la cabecera del anciano conde. Francisco había traído hacia dos años una joven y bella esposa al hogar doméstico, y un niño con cabellera rizada jugueteaba al pié del lecho en que se iba extinguiendo por grados el anciano: ni los cariños de su nuera, ni los apretones de mano de su hijo, ni los juegos de su nietecito, pudieron reemplazar al ausente; ¡al ausente á quien había maldecido! ¡al ausente que ya no era su hijo!

El Biassou exhaló un ronco gemido.

— Cuando mataron al rey, continuó, Francisco marchó con su mujer y su niño Jorge, y se reunió al ejército de Condé. Durante largos años, no se oyó hablar de él, como tampoco de su hermano Guillermo.

Sin embargo, había dos Rancogne por alguna parte en el mundo: Jorge, el primogénito de Francisco, y Octavio, su hermano, nacido en las tristezas del destierro.

En el cuartito de Rosa, Octavio y Rosa estaban sentados uno al lado de otro.

— Cuando vine aquí por la primera vez, decía Octavio, tú eras muy pequeñita, Rosa, y no sé si te acuerdas. Entonces había en Noirmont una gran fiesta. Mi hermano Jorge había comprendido que el tiempo de los privilegios había pasado ya, y que por la inteligencia y el trabajo seguido se realza en nuestro siglo una gran familia. La fábrica estaba en grande actividad; Noirmont de los Hornillos comenzaba á adquirir una reputación que jamás había tenido quizás Noirmont el Castillo. La grande industria, que se había desviado de Jorge de Rancogne, sin duda por desconfianza de su título, volvía por todas partes al joven esposo de la señorita Elena Roumieux. Hubo grandes fiestas en la ferrería, iluminada de arriba abajo. Se bailaba en la gran fragua, entarimada ex-profeso para la circunstancia. El joven conde Jorge estaba radiante de gozo; la joven desposada parecía feliz, y solo yo, esa noche, sufrí los tormentos de los condenados...

El ojo dulcemente compasivo de Rosa envolvía con una

atmósfera de lástima al joven, que prosiguió con voz mas baja:

— Había venido al palacio á dirigir severas reconvencciones á mi hermano. Su casamiento desigual me indignaba. Era yo muy joven, muy niño entonces, y tenía ideas que se han modificado después. Una sola mirada de Elena hizo desvanecer toda mi cólera; otra segunda mirada me hizo su esclavo. Durante seis meses, seis meses largos, Rosa, padecí este tormento: ¡amar á una mujer que pertenece á otro, á una mujer que pertenece á su hermano! Encontré un amargo goce en este dolor: cuanto mas sufría, mas y mas quería sufrir, y lejos de alejarme, permanecía allí, contemplando con atroces celos esa doble felicidad que me atormentaba el corazón. Un día, ¡que este día sea eternamente maldito! — creí descubrir que no era yo solo el que lloraba en secreto; otros sollozos respondían á los míos. Desde este día, ¡por mi honor! tomé mi partido. Fui á encontrar á mi hermano, que no sospechaba nada, y me despedí de él. Después anduve errante por todas partes, buscando la muerte que no quería venir. Tres meses hace que la guerra estallaba en la Vendée. Me marché allá, y combatí en defensa de la augusta madre del legítimo rey. Arriesgué veinte veces mi vida... ¡Hemos sido vencidos, y yo no he muerto! Pero mi resolución está tomada otra vez mas, tomada como en el día en que me separé de mi hermano Jorge para no volverle á ver jamás: vengo á decir mi último adiós á la que tanto he amado, y...

— ¿Y?... preguntó Rosa.

— Hemos sido vencidos, respondió sordamente Octavio; mi cabeza está puesta á precio, y hay gendarmes en el camino de Limoges.

— No fusilan ya á los conspiradores, dijo Rosa sonriéndose.

— No, replicó Octavio como hablando consigo mismo, pero se mata á los conspiradores que se defienden.

Rosa palideció.

— Y ¿os defenderéis? exclamó.

— Sí, respondió sencillamente Octavio, puesto que quiero hacerme matar.

La joven, juntando las manos y rogando con su mirada y con su gesto, pareció tomar una resolución heroica.

— ¡Escuchadme! exclamó. Os hareis matar después, si lo quereis...

Vuestro hermano Jorge sabía todo.

Octavio hizo un brusco movimiento.

— Sabía que vos amabais á la condesa Elena, y que la condesa Elena os amaba; pero tenía fé en vuestra lealtad, tenía fé en el honor de su mujer. Mientras duró su vida, no abrió la boca sobre este secreto que vuestras miradas solas le habían revelado. No se le vió jamás mas sombrío ni mas impaciente que de ordinario, y sin embargo, también estaba celoso. — El conde Jorge tenía un noble corazón.

La fábrica prosperaba. Mi señora, que había sorprendido los dolores de su marido, había vuelto á él por reconocimiento á su generosidad sobrehumana. El conde, que deseaba ilusionarse, tomaba este cambio por amor. Quizás su